

Lenguaje nazi

Hace pocos días un diario de Santiago fué sorprendido por alguien. Ese alguien, valiéndose -- como muchos valientes -- del anonimato que se usa en la inserción de avisos, publicó uno que, felizmente, fué leído por muy pocas personas. En él, con un lenguaje propio e intransferible, pretendía herir a un escritor chileno que se ha distinguido últimamente por sus publicaciones y actividades antitotalitarias.

El hecho es corriente. Cualquier individuo, aun el más idiota, sin más que pagar lo que vale el aviso, puede molestar a un enemigo o darle una pesada broma a un amigo. Los diarios no se interesan por el contenido de los avisos que reciben, salvo, claro está, que vengan escritos en términos inconvenientes. Jamás se les ha ocurrido a los gerentes de diarios buscar un modo de evitar estos abusos y no se pondrán a ello hasta que alguien, valiéndose de las facilidades que se le dan, avise la muerte de alguno de ellos.

Este aviso, sin embargo, a pesar de ser uno de los tantos de su índole, tiene para nosotros, dentro de su inservibilidad e incuidad, un valor que no debe pasar inadvertido: demuestra claramente cuáles son la mentalidad y el lenguaje de los nazis, sean ellos nacionales o extranjeros.

Moralmente desvirtuados, derretados ideológicamente -- si es que alguna vez tuvieron alguna ideología -- y a punto de serlo también militarmente, no les queda sino la injuria, la precacidad, el ataque alevoso -- como en el caso de Walde Frank -- o el insulto anónimo, como en este caso.

Incapaces de usar armas nobles e inteligentes, usan las únicas de que disponen. Porque a ellos no se les conoce únicamente por los frutos, que se caen ya de pedridos, sino también por lo que está antes de los frutos: por la innoble savia que los nutre.